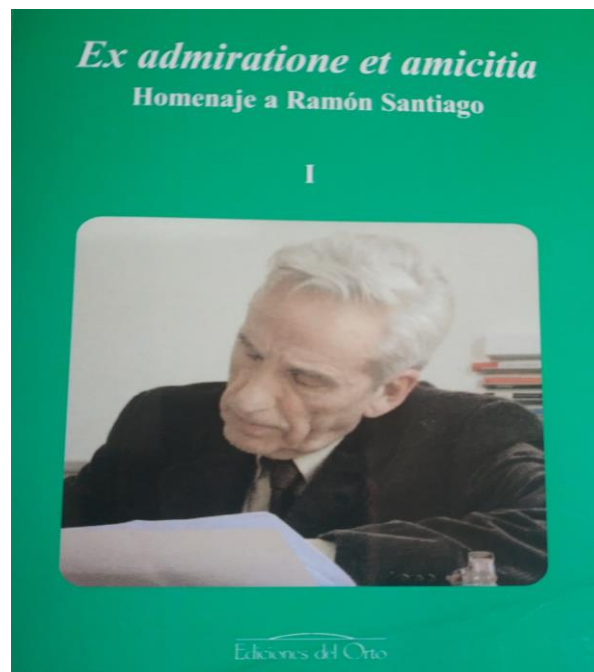


GAO XINGJIAN .- LA ESENCIA DE LA LITERATURA: LA VOZ DEL INDIVIDUO COMPROMETIDO CON LA LIBERTAD

Traducido y publicado por la
Dra. D^a Consuelo Marco Martínez en

Ex admiratione et amicitia. Homenaje a Ramón Santiago, 2º tomo,
Ediciones del Orto, Madrid 2007. Pp. 741-757



INDICE GENERAL	
Juan R. Lodaes : Ley y lengua. claves para interpretar la legislación lingüística en la España contemporánea (1768-1931)	689
Covadonga López Alonso: El razonamiento causal en los ensayos científicos	701
M ^a Jesús Mancho Duque: Aproximación al léxico matemático del Renacimiento	723
Consuelo Marco Martínez: Gao Xingjian: La esencia de la literatura: la voz del individuo comprometido con la libertad	741
Josefa Martín García: El significado de las palabras derivadas: los sufijos polisémicos	751
José Antonio Mayoral: <i>De figura etymologica</i>	773
Elena Méndez G ^a de Paredes: La ciencia como noticia: estrategias discursivas y textuales. la clonación terapéutica	787
José R. Morala: Documentación leonesa y léxico hispánico: <i>postizo</i> , <i>bacillar</i> , <i>guapo</i> y <i>yera</i>	811
Margherita Morreale: La señal de la cruz en las cartillas y doctrinas cristianas y del s. XVI: las palabras, los gestos, su significado y su expresión verbal	825

GAO XINGJIAN .- LA ESENCIA DE LA LITERATURA: LA VOZ DEL INDIVIDUO COMPROMETIDO CON LA LIBERTAD

Traducido y publicado por la Dra. D^a Consuelo
Marco Martínez en

Ex admiratione et amicitia. Homenaje a Ramón Santiago, 2º tomo,
Ediciones del Orto, Madrid 2007. Pp. 741-757

- Traducción directa del chino del discurso pronunciado por Gao Xingjian
(Premio Nobel de Literatura del año 2000) en la Academia Sueca -

. El deseo de crear existe en cada uno de nosotros.

. Siempre se necesita algo que demuestre que estamos vivos, que tenemos nuestro propio pensamiento.

. Existe una magia que permite que a través de un libro nos entendamos entre todos.

. Un hombre solo es realmente poca cosa; siempre tiene que buscar algo donde apoyarse para sentir confianza.

. Es tan difícil escribir en una sociedad de consumo como en un régimen autoritario.

. He sufrido mucho, pero el rencor y el odio son una prisión, no valen para nada.

. El hablar de “literatura fría” supone no estar al servicio del poder o del mercado, pero eso no implica el no involucrarse o comprometerse con los problemas de la sociedad.

. Digo, luego existo.

Desconozco si es el “destino” el que me ha impulsado a esta tribuna, pero lo cierto es que una serie de circunstancias fortuitas así lo han hecho posible. Sin entrar en la controversia de si Dios existe o no, quiero decir que, aunque me considero ateo, siempre he mostrado un gran respeto hacia lo desconocido.

Un ser humano no puede convertirse en Dios, ni sustituirle. Si un superhombre gobernara el mundo, tan sólo conseguiría propagar más el caos y la desdicha. En el siglo posterior a Nietzsche, las catástrofes originadas por el hombre han dejado escritas las memorias más negras de la historia de la humanidad. Superhombres de todo tipo aclamados líderes del pueblo, mandatarios de Estado o jefes supremos de la raza, no han vacilado en acudir a la violencia para perpetrar los más horrendos crímenes, que no se pueden ni comparar con los desvaríos más exagerados de cualquier filósofo ególatra. Pero no quiero desaprovechar este discurso sobre literatura desviándome hacia vaguedades de carácter político o histórico.

El escritor es una persona común y ordinaria; quizás más sensible y, por tanto, más frágil y vulnerable. El escritor no habla como portavoz del pueblo ni como la encarnación de la integridad. Su voz es irremediabilmente débil, pero es justo por eso por lo que esa voz del individuo resulta la más auténtica.

Pretendo decir con ello que la literatura sólo puede ser la voz del individuo; siempre ha sido y será así. En cuanto la literatura se convierte en canto de exaltación de un país, bandera de raza, clamor de un partido político o expresión de una clase o grupo, puede llegar a actuar como un poderoso y despótico instrumento de propaganda; pero, de esta forma, la literatura pierde su esencia y se transforma en sustituto del poder o de determinados intereses.

En el siglo pasado la literatura sufrió dicho infortunio; la política y el poder infligieron sobre ella más cicatrices que en cualquier otra época anterior, y el escritor fue víctima de una persecución sin precedentes.

Para preservar su identidad y no convertirse en mera herramienta de la política, la literatura debe recobrar la voz del individuo, ya que surge ante todo de los sentimientos y experiencias personales. Ahora bien, el que la literatura no deba inmiscuirse en la política, no significa necesariamente que tenga que desvincularse de ella. Las discusiones sobre las tendencias políticas del escritor constituyeron graves males en la literatura del siglo pasado.

La ideología ha sido la culpable de que el debate entre tradición y reforma se transformara a veces en debate entre conservadurismo y revolución, haciendo que lo que era tan solo una cuestión literaria se convirtiera en un conflicto entre lo progresista y lo reaccionario. Si llega el caso en que la ideología se une al poder y se transforma en fuerza real, tanto la literatura como el individuo serán aniquilados.

La literatura china del siglo XX se vio debilitada, asfixiada, casi al borde del exterminio, como consecuencia de su sumisión al poder político: tanto la revolución literaria como la literatura revolucionaria la colocaron en un callejón sin salida, lo que supuso una sentencia de muerte para la literatura y para el individuo. El ataque contra la cultura tradicional china en nombre de la revolución desembocó en la prohibición y quema pública de libros. A lo largo de los últimos cien años se fusiló, encarceló, exilió o condenó a trabajos forzados a un número incalculable de escritores, incluso mucho más que en cualquier otro periodo dinástico de la historia de la China imperial; a ello hay que sumar las enormes dificultades que se crearon para la composición literaria en chino y para entablar debates acerca de la libertad creativa.

El escritor que anhelaba alcanzar la libertad de pensamiento se vio abocado irremediabilmente al silencio o, en caso de no aceptar esta opción, al exilio. Sin embargo, el único medio de expresión de un escritor es la lengua, por lo que el silencio continuado equivale a un suicidio; el que rechazaba esa muerte silenciosa impuesta y además deseaba comunicarse con su propia voz de individuo, no disponía de otra alternativa que el destierro. La historia de la literatura, tanto oriental como occidental, demuestra que siempre ha sucedido así: desde Qu Yuan a Dante, Joyce, Thomas Mann, Solzhenitsyn y los intelectuales chinos que se exiliaron en masa después de la masacre de Tiananmen en 1989, todos han sufrido la inevitable suerte de los poetas y escritores que han intentado preservar su propia voz o identidad.

Pero durante los años en que Mao Zedong impuso su dictadura absoluta, incluso huir era imposible. Los templos y monasterios, distribuidos por remotos paisajes montañosos y que ofrecían refugio a los hombres de letras en época feudal, fueron destruidos y hasta escribir a

escondidas suponía arriesgar la vida. Para conservar la independencia intelectual, sólo se podía hablar con uno mismo, y eso en el más estricto secreto. Fue precisamente entonces, en momentos en que la literatura estaba prohibida, cuando llegué a comprender por qué era tan necesaria y esencial: porque permite a la persona defender su consciencia humana.

Habría quien diga que hablar con uno mismo es el punto de partida de la literatura, y que el comunicarse a través de la lengua es secundario. La persona derrama sus sentimientos y pensamientos en un lenguaje que, a través de un engranaje meditado de palabras escritas, se convierte en literatura. En ese primer momento no se piensa en su utilidad o en una posible publicación pero, aun así, se impone de forma natural la necesidad de escribir porque proporciona deleite, consuelo y compensación. Si yo me puse a escribir la novela *La montaña del alma* en el preciso momento en que otras obras mías, ya previamente censuradas con rigor, eran prohibidas, fue tan sólo para disipar mi profunda soledad interna, para mí mismo, sin ninguna esperanza de que algún día pudiera ser publicada.

Desde mi experiencia como escritor puedo decir que la raíz inherente de la literatura es la afirmación que hace el hombre del valor de sí mismo, y que esto se manifiesta y legitima en el acto de escribir. La literatura nace, pues, de la necesidad de autosatisfacción del escritor; si ejerce algún impacto en la sociedad es algo que sucede después, una vez terminada la obra, y no depende en absoluto de sus deseos.

Son numerosas las obras maestras que se han hecho inmortales en la historia de la literatura y que no se publicaron en vida de sus autores. ¿Hubiesen seguido escribiendo otras obras si no hubiesen satisfecho sus ansias de afirmación a través de la escritura? Como sucede con Shakespeare, apenas se conoce hoy la vida de los cuatro genios literarios que escribieron las más grandes obras de la narrativa china: *Viaje a Occidente*, *A la orilla del agua*, *Jin Ping Mei* y *Sueño en el pabellón rojo*. Tan sólo nos queda un prefacio autobiográfico de Shi Nai'an en el que confiesa que escribe para consolarse; de no haber sido así, ¿cómo podría haber consagrado su vida a componer una obra monumental por la que no esperaba ninguna recompensa?. ¿No sucede igual con Kafka, pionero de la novela moderna, o con Pessoa, el poeta más profundo del siglo XX?. Es evidente que ninguno recurrió a la escritura con la voluntad de transformar el mundo y, aun siendo plenamente conscientes de la impotencia del individuo, no vacilaron en manifestarse y en hacer oír su voz, pues tal es el poder de seducción del lenguaje.

El lenguaje es la cristalización suprema de la civilización humana: sutil, intrincado e incisivo, pero persuasivo a la vez, penetra en la percepción humana y liga al hombre, al sujeto receptor, con su propia concepción del mundo. La palabra escrita es también mágica y fascinante, trasciende épocas y naciones y hace posible la comunicación entre distintos individuos independientes. Del mismo modo, el valor espiritual eterno de la literatura envuelve el tiempo presente que comparten la escritura y la lectura.

Según mi opinión, el escritor actual que insiste en resaltar una cultura nacional resulta sospechoso. Debido a mi lugar de nacimiento y al idioma que empleo, las tradiciones culturales chinas fluyen con naturalidad en mi interior. Cultura y lengua están íntimamente ligados, por lo que condicionan y configuran determinadas maneras de pensamiento, de expresión y percepción de la realidad. Pero justamente es a partir de eso que ya está estructurado en su idioma de donde empieza a desarrollarse la creatividad del escritor. Como creador del arte del lenguaje, no tiene necesidad de colocarse una etiqueta preestablecida que lo identifique con una raza o nación.

La literatura traspasa fronteras nacionales y también idiomas, gracias a la traducción; y así penetra en las costumbres sociales y en las relaciones interpersonales, las cuales han sido configuradas por circunstancias geográficas e históricas concretas; de esta forma, la literatura supera lo concreto y muestra la naturaleza humana en su más profunda universalidad. El escritor actual recibe inevitablemente influencias de diferentes culturas, ajenas a la suya, por lo que, a no ser que tenga la intención de promover el turismo, el resaltar en exceso las particularidades culturales de su pueblo resulta, al menos, sospechoso.

Si la literatura trasciende ideologías, fronteras y conciencias nacionales, es porque la esencia de un individuo trasciende también teorías y doctrinas. La literatura refleja los dilemas

universales de la existencia humana y ningún tema para ella es tabú. Las limitaciones provienen

siempre del exterior: la política, la sociedad, la moral o la tradición intentan recortarla según sus intereses y convertirla en un elemento meramente decorativo.

Pero, a pesar de todo, la literatura no es un adorno del poder ni un objeto de la moda social, sino que posee un valor propio, un criterio de excelencia: su calidad estética. Y el único criterio estético que se acepta y se impone en la obra literaria es su íntima relación con las emociones humanas. Aunque los juicios estéticos y las emociones sean subjetivos y varíen según los individuos, lo cierto es que se asientan sobre principios universales: la sensibilidad artística capacita al lector para experimentar también lo poético y lo bello, lo sublime y lo ridículo, lo triste y lo absurdo, el humor y la ironía que el autor ha infiltrado en su obra.

El sentimiento poético no procede sólo de la simple expresión de emociones y sensaciones, aunque en una primera etapa todo escritor novel se deja arrastrar por un egoísmo incontrolado, lo que no deja de ser una reacción infantil. Existen muchos niveles de expresión de sentimientos y sensaciones, pero el mejor es aquél que se logra con un frío desapego, es decir, con una observación objetiva y serena. Es en esa mirada distanciada donde se esconde la poesía. Además, si esa mirada analiza al autor como individuo y se coloca por encima de los personajes y del propio escritor, y se convierte así en un neutral “tercer ojo”, el autor podrá examinar las desgracias e inmundicias del mundo; entonces, al recordar el dolor, el odio y la repugnancia, despertará sentimientos de piedad y afecto a la vida.

Un criterio estético basado en las emociones humanas perdura siempre y está a salvo de los vaivenes de las modas literarias y artísticas. La moda se rige por la novedad y por el funcionamiento del mercado, ante el cual se rinde también el mercado del libro. Pero si el juicio estético del escritor se adapta a las circunstancias del mercado, la literatura estará abocada al suicidio. Por eso, cada vez estoy más convencido de que en la sociedad de consumo actual es más necesario que nunca recurrir a la “literatura fría”.

Hace una década, cuando terminé, tras siete años de trabajo, *La montaña del alma*, escribí un artículo en defensa de este tipo de literatura.

La literatura es, por naturaleza, independiente de la política, es una actividad exclusivamente individual. Es una observación, un repaso de las experiencias, una serie de presentimientos y sensaciones, la manifestación de un estado de ánimo, todo lo cual conduce a la satisfacción del intelecto.

El escritor es tan solo un individuo que habla o escribe y depende de los demás, no de él, el que lo escuchen o lean. El escritor no es un héroe con la responsabilidad de salvar al pueblo ni alguien que merezca ser idolatrado y, por supuesto, tampoco es un criminal ni un enemigo del pueblo; si a veces se le sacrifica a él y a sus escritos es sin justificación, para cubrir las necesidades o exigencias de otros. Cuando la autoridad pretende desviar la atención del pueblo, inventa algunos enemigos: los escritores se convierten entonces en víctimas propiciatorias y, lo que resulta aún más patético, hay escritores que caen en el enajenamiento y hasta lo consideran un gran honor.

La única relación real entre el autor y el lector es de carácter espiritual: no necesitan conocerse ni mantener ningún contacto, sino comunicarse a través de la palabra. La literatura es una actividad irreprimible y voluntaria, tanto por parte del escritor como del lector, por lo que no tiene ningún deber hacia las masas.

A esta literatura afanada en recuperar su identidad esencial podemos llamarla “literatura fría”. Si existe es porque el género humano necesita buscar una actividad espiritual pura más allá de la simple complacencia de los deseos materiales. Esta clase de literatura no ha nacido hoy, claro está. Pero, mientras que en el pasado debía luchar sobre todo contra el poder político y las costumbres sociales, en la actualidad ha de lidiar también contra el mercantilismo de la sociedad de consumo y el sobrevivir depende de su disposición a refugiarse en la soledad.

El autor consagrado a este tipo de literatura no puede ganarse la vida con ella, por lo que no tiene más remedio que buscarse otra actividad; de ahí que se trate de un auténtico lujo, de una forma de gratificación espiritual pura. Si esta “literatura fría” tiene la suerte de ser publicada y divulgada es merced a los esfuerzos del escritor y sus amigos, como es el caso de Cao Xueqin y Kafka: en vida no pudieron publicar, ni crear movimientos literarios ni alcanzar

prestigio; por el contrario, vivieron en los límites de la sociedad, consagrados a una actividad espiritual, sin la

más mínima esperanza de recompensa o reconocimiento social, tan sólo por el placer de la escritura en sí misma.

La “literatura fría” es aquella que escapa para sobrevivir, que no se deja oprimir por la sociedad porque busca su salvación espiritual. El que una raza o nación no admita esta literatura no utilitaria, será una tragedia no sólo para el escritor sino también para esa nación, que será una nación triste.

Yo, no obstante, tengo la buena fortuna de recibir en vida este galardón de manos de la Academia Sueca, lo que supone para mí un gran honor. Para ello he contado con la ayuda de amigos de todo el mundo quienes, sin esperar recompensas y sin achicarse ante las dificultades, han traducido, publicado, representado y valorado mis obras. Eludo mencionarlos aquí uno a uno para mostrarles mi agradecimiento, pues la lista sería demasiado larga.

Quiero agradecer también a Francia que me acogiese. En Francia, donde se honra a la literatura y al arte, he encontrado las condiciones para crear con libertad y poseo también lectores y público. Por suerte, no estoy solo, aunque la escritura, a la que vivo consagrado, sea un asunto de por sí solitario.

También deseo decir que aquí la vida no es propiamente una fiesta y que el resto del mundo no es tan pacífico como Suecia, donde no ha habido guerras desde hace ciento ochenta años. Este nuevo siglo no quedará inmunizado ante las catástrofes sólo porque en el pasado se hayan producido tantas, porque la memoria no se transmite genéticamente. La humanidad posee capacidad de raciocinio pero carece de la suficiente inteligencia para aprender del pasado, y cuando la maldad prende en la mente humana puede incluso poner en peligro la propia supervivencia del hombre.

La humanidad no avanza necesariamente hacia el progreso. La historia y la civilización humana no avanzan a la vez. Desde el estancamiento de la Europa medieval hasta el caos y la decadencia del continente asiático y las dos guerras mundiales del siglo XX, los métodos para matar personas se han perfeccionado cada vez más. Es constatable, pues, que el progreso científico y tecnológico no implica necesariamente que el género humano sea más civilizado.

Los “ismos” científicos y los métodos pseudodialécticos que se han utilizado para interpretar la historia han fracasado en su intento de explicar el comportamiento humano. Ahora que el fanatismo utópico y la revolución permanente del siglo pasado se han desvanecido, ¿cómo no va a quedar un rescoldo de amargura en los que han sobrevivido?

Del mismo modo que la negación de una negación no da necesariamente como resultado una afirmación, la revolución no cuajó porque el nuevo mundo utópico tenía como premisa la destrucción del antiguo. Esta teoría de la revolución social fue aplicada también a la literatura, y convirtió lo que en principio es un vergel de creatividad en un campo de batalla en el que los antepasados eran derrotados y las tradiciones culturales pisoteadas. Había que comenzar todo de cero, sólo lo nuevo era bueno, y también la historia de la literatura se interpretaba como una continua rebelión.

El escritor no puede desempeñar el papel de Creador ni debe inflar su ego creyéndose Dios, pues con esa actitud sólo caminará hacia la enajenación mental, hacia una locura que convertirá el mundo en una alucinación en la que todo lo externo a su cuerpo será un infierno, y así evidentemente no podrá seguir viviendo. De este modo, se convertirá a sí mismo en víctima para un sacrificio futuro, y exigirá también a los demás que sigan sus pasos.

Pero no nos precipitemos a sacar consecuencias de la historia del siglo XX, pues podríamos seguir desorientados en las ruinas de alguna construcción ideológica, en cuyo caso el esfuerzo habrá resultado inútil y las generaciones futuras deberán de nuevo examinar la historia. Tampoco el escritor es un profeta. Lo fundamental es que viva el presente, que deje de engañarse, espante las quimeras y contemple con lucidez el aquí y el ahora; mientras, debe explorar en su propio yo, que es caótico, en los otros y en el resto del mundo. La desgracia y la opresión suelen provenir del exterior, pero la cobardía y la confusión propias del ser humano pueden aumentar el sufrimiento y causar infortunio a los demás.

Si es difícil llegar a comprender la naturaleza del comportamiento humano, más aún lo es que el hombre llegue a conocerse a sí mismo. La literatura no es más que una manera de que el ser humano dirija la mirada hacia su propio yo y se ilumine en él un hilo de consciencia.

No es subvertir lo que pretende la literatura, sino descubrir y revelar la verdad de un mundo que el hombre apenas conoce o cree ilusamente conocer. Es ésta, la verdad, la cualidad primordial e intransferible de la literatura.

El nuevo siglo –no entraremos ahora a tratar la cuestión de su novedad- ya ha llegado, y es de esperar que con la caída de la ideología revolucionaria, la revolución literaria y la literatura revolucionaria se hundan también. Se ha roto el espejismo de la utopía social que amordazó a más de un siglo, y cuando la literatura se libere de las cadenas de determinadas doctrinas o “ismos”, tendrá inevitablemente que retornar a los dilemas de la existencia humana, que apenas han cambiado y que siguen constituyendo el tema eterno de la literatura.

Es ésta una era sin profecías ni promesas, y yo creo que es mejor así. El escritor que se otorga el papel de juez y profeta no perdurará, pues muchas profecías del siglo pasado se han evidenciado unos auténticos fraudes. Por eso, en vez de inventar nuevas supersticiones acerca del futuro, es mejor esperar. Y es también mejor que el escritor recupere su papel de testigo y se esfuerce por mostrar la verdad.

No pretendo con ello decir que la literatura sea una mera relación de hechos. En realidad, los testimonios de los documentos oficiales recogen pocos hechos veraces y esconden con frecuencia los motivos y los móviles de los sucesos. Pero cuando la literatura se afana en perseguir la verdad, entonces la “totalidad” se muestra por sí misma: desde los más íntimos pensamientos hasta el propio transcurrir de los acontecimientos; la literatura desborda, así, energía, siempre que el escritor muestre las auténticas circunstancias de la naturaleza humana y no se deje atrapar por su imaginación y arbitrariedad.

Es la sagacidad del escritor para aprehender la verdad la que determina la calidad de la obra, y no los juegos de palabras o las técnicas de escritura. Sobre qué es la verdad existen numerosas definiciones, y su concepción depende de cada persona, pero un simple vistazo basta para darse cuenta de si el escritor está edulcorando la realidad de la existencia humana o, por el contrario, de si la presenta de forma honesta y completa. La crítica literaria de cierta ideología reducía la distinción entre verdad y falsedad a un puro análisis semántico, pero tales principios y dogmas tienen poca o ninguna relación con la creación literaria.

Más que vinculada a la metodología creativa, el que un escritor muestre o no la verdad depende de su actitud hacia la creación literaria. El escritor ha de ser sincero tanto con la pluma en la mano como sin ella, pues la verdad supera el simple criterio de valor literario y adquiere una magnitud ética. No es misión del escritor educar y predicar la moral, pero si desea captar en profundidad la condición de los diversos personajes del mundo humano, tendrá también que exponer sin escrúpulos su más íntimo y secreto yo. Para él la verdad en la literatura es poco menos que una ética, la ética suprema de la literatura.

En manos del escritor que afronta la creación con intención de autenticidad, incluso las ficciones o invenciones literarias se basan en el principio de mostrar las verdades de la vida humana; es precisamente ésta la fuerza vital que albergan las obras que han perdurado desde la antigüedad hasta nuestros días, y por eso la tragedia griega y Shakespeare nunca pasarán de moda.

La literatura no es una simple transcripción de la realidad, sino que transpasa sus capas superficiales y llega hasta su mismo fondo; deja al descubierto las falsas apariencias, contempla desde la altura los hechos habituales y los revela en su totalidad con diversos puntos de vista.

La literatura, por supuesto, también se nutre de la imaginación, pero este periplo mental no consiste sólo en enlazar una serie de delirios y despropósitos. La imaginación o ficción literaria que no se corresponda con los verdaderos sentimientos y con las experiencias vitales, producirá obras lánguidas e insustanciales y, al no convencer al propio autor, será también incapaz de conmover al lector. Ello no significa que el escritor deba limitarse a los sucesos cotidianos y a sus experiencias personales, pues el instrumento del lenguaje le hace capaz de transformar en sensaciones propias todo aquello que oye, ve o lee en obras de otros autores: tal es el poder de seducción del lenguaje literario.

Ya sea una maldición o una bendición, el lenguaje tiene el poder de agitar el cuerpo y la conciencia. El arte del lenguaje consiste en que el que lo ofrece es capaz de transferir sus sensaciones a otros, con lo que el sistema de la lengua es mucho más que una serie de términos léxicos integrados en determinadas estructuras gramaticales. Si se olvida al hablante vivo que está detrás de la lengua, el contenido significativo se convierte fácilmente en un juego intelectual.

La lengua no sólo es un medio de comunicar ideas y conceptos, sino que suscita a la vez sentimientos e intuiciones, y por ello signos y señales no pueden sustituir al lenguaje de las personas. Para manifestar la voluntad, la motivación, el tono y el estado de ánimo que acompañan a los enunciados la semántica y la retórica no son suficientes. Para transmitir toda la información y connotaciones que conlleva el lenguaje literario es imprescindible la voz de la persona viva, de modo que la literatura no es sólo un pensar cerrado en sí mismo sino que apela también a la capacidad auditiva. El ser humano necesita el lenguaje no sólo para comunicar ideas, sino también para escucharse y afianzar su propia existencia.

Parafraseando a Descartes, el escritor podría decir: “digo, luego existo”. Este yo del autor puede representarse en él mismo, en el narrador o en los distintos personajes de una obra; el narrador-sujeto puede ser también “él” y “tú”, es tres personas distintas en una sola. La atribución de un pronombre personal que identifique al sujeto es el punto de partida para expresar emociones y percepciones, y a partir de él cobran cuerpo los distintos modos narrativos. Es en este proceso de búsqueda de un método narrativo propio donde el escritor concreta y moldea las ideas y sentimientos que pretende transmitir.

En mis novelas empleo pronombres personales en lugar de nombres propios, y utilizo “yo”, “tú” y “él” para describir al protagonista. Acercarse a un personaje a través de distintos pronombres crea una sensación de distancia sobre el escenario que proporciona a los actores un espacio psicológico más amplio, por lo que también he utilizado este recurso del cambio de pronombre en mis obras de teatro.

La escritura de ficción y el teatro nunca han muerto ni morirán, y las frívolas predicciones sobre el fin de determinados géneros literarios o artísticos carecen de fundamento.

Nacido con la civilización humana, el lenguaje humano es, como la vida, un fenómeno maravilloso con energía infinita, y es el escritor quien debe descubrir y desarrollar su potencial latente. El escritor, sin embargo, no es el Creador, y no puede borrar de un plumazo el mundo, por decrepito que esté, ni crear uno nuevo ideal, aunque el de ahora resulte absurdo para el intelecto humano. Mas lo que sí puede es crear formas expresivas nuevas que sirvan para completar o ir más allá de lo que otros ya han dicho.

La “subversión de la literatura” no es más que una expresión vacía repetida por la “Revolución Literaria”: ni la literatura ha muerto ni el escritor ha sido destruido. Cada escritor ocupa su lugar en las estanterías y, mientras sea leído, vivirá siempre: no hay mayor consuelo y satisfacción para un escritor que el legar al ingente acervo literario de la humanidad un libro que podrá seguir siendo leído en el futuro.

Aun así, la literatura sólo se actualiza y adquiere sentido en el “presente”: en el presente del escritor en cuanto autor, y en el presente del receptor en cuanto lector. Escribir para la posteridad es o pura vanidad o un engaño a uno mismo y a los demás. La literatura es para los vivos y, a través de ella, éstos ratifican su presente. Este presente eterno y esta confirmación vital del individuo es la razón absoluta por la cual la literatura es literatura, si es que aún queremos buscar la razón de ser de esta disciplina que existe por sí misma.

Cuando el escritor no depende de la literatura para vivir y cuando está tan absorto en ella que olvida por qué y para quién escribe, se convierte en una necesidad y excitación acuciantes. Y de ahí nacerá la obra literaria. Este aspecto no utilitario de la literatura es esencial. Su profesionalización es una consecuencia negativa de la división del trabajo en la sociedad moderna y un fruto muy amargo para el escritor.

En la época actual, donde la economía de mercado lo ha invadido todo, el libro se ha convertido también en una mercancía más. En este enorme mercado indiscriminado ya no tiene cabida el escritor individual ni las sociedades o movimientos literarios anteriores. Si es escritor no cede a las presiones del mercado y se niega a rebajarse a fabricar productos culturales que satisfagan los gustos de moda, necesitará forzosamente ganarse la vida por otros medios. La

literatura no tiene nada que ver con los *best-sellers* o las listas de venta, y su promoción en los medios de comunicación es tan solo una pura estrategia publicitaria. En la literatura la libertad de creación no se adjudica ni se compra, sino que surge de forma natural de la propia necesidad interna del escritor.

Dicen que Buda reside en el corazón, pero yo creo que sería mejor decir que es la libertad la que reside en él, y depende de nosotros mismos utilizarla o no. Si alguien cambia esa libertad por otra cosa, el pájaro de la libertad volará, ése es el precio de ser libre.

El escritor debe escribir lo que auténticamente desea y no pretender ninguna recompensa, no sólo para reafirmarse a sí mismo sino también para desafiar a la sociedad. Este desafío ha de ser espontáneo y sin afán de ostentación, pues no tiene que dejarse llevar por la vanidad y convertirse en un héroe o guerrero. Éstos luchan por una gran causa o para alcanzar méritos por medio de hazañas, todo lo cual está fuera del alcance de la literatura. Si el escritor quiere desafiar a la sociedad debe hacerlo por medio del lenguaje, de los personajes y de los hechos de sus obras, de lo contrario sólo dañará la literatura. La literatura no es un grito de rabia y no puede convertir la indignación de un individuo en acusación. Sólo cuando los sentimientos del escritor como individuo se disuelvan en su obra, podrán perdurar a través del tiempo.

Se trata, pues, no de un desafío del escritor a la sociedad, sino de un desafío de su obra. La obra perdurable conlleva una enérgica respuesta a la época y a la sociedad del autor. La voz y las acciones del escritor pueden llegar a debilitarse con el paso del tiempo pero, siempre que haya lectores, ambas se manifestarán de nuevo.

En realidad este desafío no puede transformar la sociedad. Es sólo una actitud que adopta un individuo al querer trascender las limitaciones del entorno social pero, al tratarse de una postura fuera de lo común, le proporciona una íntima satisfacción espiritual.

Sería deprimente que la historia de la humanidad se redujera a leyes incognoscibles y a seguir a ciegas el curso de la corriente, haciendo oídos sordos a la voz divergente del individuo. El legado de la historia se complementa con el legado de la literatura. El hombre se encuentra al árbitro de la historia pero, a través de la literatura, y aunque sus personajes sean invenciones, conserva una confianza esencial en su auténtica razón de ser.

Honorables miembros de la Academia, les agradezco que hayan otorgado este Premio Nobel a la literatura: a una literatura que es inquebrantable en su independencia, que no esquiva el sufrimiento humano ni la opresión política y que, además, no está al servicio del poder. Les agradezco que hayan concedido este prestigioso premio a unas obras muy alejadas de las demandas del mercado, a obras que han despertado poca atención pero que merecen ser leídas. Agradezco también a la Academia Sueca que me haya permitido subir a este estrado, en el que se concentra la mirada internacional, dejando así que la endeble voz de un individuo que en circunstancias normales nunca habría sido oída en los medios de comunicación, se dirija al mundo entero. Esto es precisamente lo que representa el Premio Nobel y doy las gracias a todos por esta oportunidad.